

Mariana Servio

Licenciada en Trabajo Social (UNR)

Trabajo Social y tradición marxista

Apuntes para recuperar la experiencia argentina en los años '60 y '70

Resumen

El presente artículo pretende reconstruir una parte de la historia del Trabajo Social argentino, vinculada al proceso de renovación profesional llevado a cabo durante los años '60 y '70. Particularmente, intenta recuperar las condiciones de posibilidad para que nuestra profesión se vincule con la tradición marxista en el marco del llamado Movimiento de Reconceptualización, y con otros insumos teóricos de los que

se valió buscando romper con el conservadurismo imperante. Se presta especial atención al rol desempeñado por el Grupo ECRO.

Palabras Clave

Trabajo Social · tradición marxista · reconceptualización

* Agradezco a María Eugenia Garma, directora de mi tesina de grado, y a los docentes de la Cátedra Trabajo Social I, Melisa Campana y Roberto Zampani, por incentivarne a escribir este artículo y por sus invaluable aportes.

Introducción

Indagar cómo se dio el ingreso de la tradición marxista al Trabajo Social argentino requiere analizar el contexto histórico, social y político que posibilitó el Movimiento de Reconceptualización, así como examinar los cambios vividos por la profesión desde la gestación de este proceso.

Por otra parte, no existe un único modo de estudiar el contacto de nuestra profesión con la tradición marxista en los años '60 y '70. En este trabajo, además de valernos de obras de trabajadores sociales que han experimentado y/o investigado el proceso vivido por la profesión, se acudió a publicaciones de la Editorial ECRO, nacida en el período demarcado, que resultó paradigmática del Movimiento de Reconceptualización argentino. El material bibliográfico que se convirtió en soporte teórico de este escrito fue acotado a publicaciones de la Editorial ECRO divulgadas en la transición de los años '60 y '70¹. En ellas pudimos rastrear la influencia ejercida por la tradi-

¹ Publicaciones con las que tomé contacto para la realización de mi tesina de grado. En aquel trabajo, el material bibliográfico de la Editorial ECRO fue analizado con el objeto de rastrear, en dichas publicaciones, cómo fue el contacto del Trabajo Social con la tradición marxista, en base a la identificación de las categorías marxistas utilizadas por los autores, el modo como las empleaban, y las vertientes marxistas o intelectuales que influenciaron sus producciones. La bibliografía utilizada en dicha tesina de grado, que sirvió de insumo para el presente artículo, fue la siguiente: *A B C del Trabajo Social latinoamericano*, de Alayón, Barreix y Cassineri, perteneciente a la serie "Temas del Trabajo Social", año 1971; *Introducción a la teoría científica*

ción marxista y por otras perspectivas teóricas en la búsqueda de los trabajadores sociales por transformar la profesión. En el conjunto de propuestas e ideas surgidas del Grupo ECRO se puede identificar la inflexión acontecida en el Trabajo Social, advertir de qué modo se dio el ingreso de la tradición marxista, y comprender el aporte que, aún con contrastes, habilitó la entrada de dicha teoría social.

Nociones Preliminares

Por “tradición marxista” entendemos, siguiendo a José Paulo Netto (1995), el conjunto de elaboraciones, contribuciones y propuestas que ha sido, y sigue siendo, desarrollado por las distintas corrientes marxistas: “...la obra de Marx (marxiana) forjó la base para innumerables desarrollos (las corrientes marxistas) que, en el seno de un bloque teórico-ideológico diferenciado (la tradición marxista), ofrecen tratamientos complementarios, alternativos y/ o contradictorios para los problemas que fueron y se van colocando en el mundo burgués y en los emprendimientos para ultrapasarlo” (Netto, 1995:84, t.p.)².

Conforme Netto (2003), la tradición marxista, a pesar de plural, requiere de ciertos elementos indispensables, a saber: el método crítico-dialéctico, la teoría del valor-trabajo y la perspectiva de la revolución. “La arquitectura teórica marxiana está fundada en esta trípole -sin la presencia simultánea de estos tres componentes, su construcción teórica se desarma” (Netto, 2003:161-162).

El contacto del Trabajo Social con la tradición marxista, en los años ‘60 y ‘70 en Argentina, estuvo incluido en un proceso amplio que abarcó otras corrientes ideológicas, que posibilitaron la búsqueda de fundamentos teóricos para la profesión: “...se trata del período histórico donde sectores de la profesión se propusieron, con distintas suertes, articular nuevos proyectos socio profesionales en concordancia con los proyectos societales en pugna en nuestro país” (Siede, 2004:1).

Tal proceso se conoce con el nombre de Movimiento de Reconceptualización. Si bien éste fue un fenómeno latinoamericano, en cada país estuvo influenciado por los procesos que se estaban dando a nivel nacional, adquiriendo en nuestro país características propias con los niveles de discusión que proveían de la sociedad argentina. Esto no quiere decir que haya habido homogeneidad en el Movimiento de Reconceptualización argentino, por el contrario, entendemos que en sí misma la Reconceptualización fue un movimiento heterogéneo y, por lo tanto, adquirió esa característica en todos los países donde tuvo lugar³.

.....

del Servicio Social, de Herman Kruse, de la serie “ISI”, año 1972; y *Filosofía del siglo XX y Servicio Social*, de Herman Kruse, año 1970. Con respecto a este último libro, aclaramos que el ejemplar que utilizamos es de Editorial Humanitas, publicado en 1986, pero la versión original pertenecía a Editorial ECRO. En cuanto a la Revista *Hoy en el Trabajo Social*, los artículos utilizados fueron “Ideologías y Trabajo Social” y “Elementos a considerar en una proposición de Trabajo Social”, de René Salinas; e “Ideología y compromiso en Servicio Social”, de Herman Kruse; todos ellos pertenecientes al número 22, del año 1971.

² La referencia “t.p.”, que acompaña esta cita, señala: traducción propia.

³ “Lo que caracteriza a la reconceptualización no es la homogeneidad interna del conjunto, no existe una común declaración de principios en que todos los participantes se reconozcan y que norme sus actuaciones sino, más bien, una unidad laxa cuyo denominador común es la adhesión a ciertos parámetros de interpretación de la realidad de América Latina y del Trabajo Social que les permite reconocer desafíos y tareas que los oponen francamente a la práctica corriente que, hasta entonces, ha delineado el perfil del Servicio Social en el continente. Es esta posición la que ha permitido que, a pesar de una base de unidad muy laxa, los múltiples grupos locales se hayan reconocido e influenciado unos a otros” (Palma, 1977:25).

Crisis del Servicio Social “tradicional” y Renovación Profesional

El surgimiento de la Reconceptualización en Argentina aconteció durante el gobierno autoritario de Juan Carlos Onganía (1966- 1969), simultáneamente al auge del método de Organización y Desarrollo de la Comunidad en el Trabajo Social. En este sentido, es necesario señalar que el proceso de renovación profesional del Trabajo Social argentino estuvo precedido e influenciado por las ideas modernizadoras que ingresaron al país a fines de los años '50 y que pusieron en jaque al Servicio Social “tradicional”⁴.

Dichas ideas estaban enmarcadas en un modelo conocido como desarrollismo que, en nuestro país, desembarcó durante la presidencia de Arturo Frondizi (1958-1963). En el plano económico, las teorías desarrollistas impulsaban la superación del modelo agrario exportador a través de la “modernización” de las economías de América Latina. En el plano social y político, los esfuerzos debían dirigirse hacia los únicos obstáculos que podría tener el desarrollo: “las ‘estructuras arcaicas’ y la inercia y la resistencia al cambio de los ‘sectores tradicionales’” (Grassi, 1989:108-109).

En relación a nuestra profesión, el nuevo modelo económico hizo que el gobierno demandase profesionales aptos para ingresar al moderno mercado de trabajo altamente tecnificado. En este sentido, el gobierno argentino, en 1957, pidió a la Organización de las Naciones Unidas (ONU) que enviara al país asesoramiento técnico sobre la enseñanza del Servicio Social. De ese modo ingresó la vertiente modernizadora a nuestra carrera. Presidía la Comisión Técnica la asistente social chilena Valentina Maidagán de Ugarte, quien evaluó los Programas de las principales Escuelas de Servicio Social en ese entonces, y concluyó que la situación era crítica en lo que a formación profesional se refería.

Según Grassi, las asistentes sociales argentinas “seguían formándose en la vieja tradición para-médica y para-jurídica, como auxiliares de los profesionales de estos campos y con un fuerte contenido moral...” (Grassi, 1989:135).

Barreix (1971) expresa que a partir de la evaluación que concibió dicha profesional chilena, se dictó “una serie de normas (conocidas como las ‘Recomendaciones Ugarte’) para que las Escuelas argentinas de Servicio Social (cerca de una quincena entonces) hicieran un pronto ‘aggiornamento’ y también, por pedido del gobierno argentino, se dio a la tarea de preparar un Manual que fuera la base para el nuevo tipo de profesional en nuestro país” (Barreix *et alii*, 1971:41-42).

El perfil que se requería para los nuevos profesionales estaba asociado al proyecto desarrollista que se proponía “modernizar la ayuda social’, pero ahora, ya con una preparación ‘técnica eficiente’, que se diferenciaba de las ‘posturas asistencialistas’, pero sobre todo del ‘Servicio Social tradicional’” (Moljo, 2005:92).

La definición de “Desarrollo de la Comunidad” que enunciara en 1958 las Naciones Unidas puede servir para mostrar los nuevos lineamientos impartidos para la formación de trabajadores sociales: “Desarrollo de la Comunidad es el proceso por el cual el propio pueblo participa en la planificación y en la realización de programas que se destinan a elevar su nivel de vida. Eso implica la colaboración indispensable entre

⁴ Netto entiende como Servicio Social tradicional “la práctica empirista, reiterativa, paliativa y burocratizada de los profesionales, regida por una ética liberal-burguesa y cuya teleología consiste en la corrección - desde un punto de vista claramente funcionalista- de resultados psicosociales considerados negativos o indeseables, sobre el substrato de una concepción (abierta o velada) y/ o mecanicista de la dinámica social, siempre presupuesta al ordenamiento capitalista de la vida como un hecho factual ineliminable” (Netto, 1994:117-18, t.p.).

los gobiernos y el pueblo, para hacer eficaces esquemas de desarrollo, viables y equilibrados" (*apud* Ander- Egg, 1982:26).

Según Moljo, las ideologías desarrollistas involucraban la expansión de profesionales para la realización de una sociedad más autónoma y moderna, que "sin dejar de lado su intervención individual como grupal, ahora tenía la 'misión del trabajo comunitario', o del 'Desarrollo de la Comunidad'" (Moljo, 2005:90).

En el aspecto metodológico, el acento estaba puesto en la planificación y los trabajadores sociales, profesionales con competencia para el trabajo con las comunidades, serían los "agentes de cambio" por excelencia, organizando y estimulando a la población para cooperar en el desarrollo y adaptando las familias "tradicionales" a las pautas del modernismo. Así, "...la planificación para el desarrollo (...) apareció como la técnica salvadora: planificación económica, educativa, de la acción comunitaria, familiar... Todo era pasible de ser 'científicamente organizado'" (Grassi, 1989:113).

La propuesta de modificar los planes de estudio no fue bienvenida en la mayoría de las Escuelas de Servicio Social, por el contrario, se adoptó una postura de oposición a la tarea de Maidagán de Ugarte y a las nuevas ideas profesionales.

Barreix (1971) plantea que era una necesidad política en ese momento la formación de profesionales de Servicio Social altamente formados y actualizados. Así pues, el entonces Ministro de Asistencia Social y Salud Pública de la Nación, Héctor Noblía, ordenó la creación del Instituto de Servicio Social⁵ en la ciudad de Buenos Aires, dependiendo de esa cartera de Estado. Siguiendo a Alayón (2006), la fecha de su inauguración fue el 7 de septiembre de 1959. El médico psiquiatra Ricardo Tarsitano ocupó el cargo de Director hasta 1963 y la asistente social Beatriz Arcuri desde entonces hasta 1969, año en que fue cerrado⁶.

Dicho Instituto otorgaría, por primera vez en el país, el título de Trabajador Social. Esta nueva denominación tenía la intención de desembarazarse de connotaciones que querían dejarse en el pasado: "El título de 'asistente social', consecuentemente no servía porque: a) es apropiado para designar al agente de la 'Asistencia Social' y no al del 'Servicio Social'; b) conlleva una imagen peyorativa a nivel popular y no popular del quehacer profesional, nada coincidente con los nuevos lineamientos profesionales" (Barreix *et alli*, 1971:44).

Según Grassi, "la formación del Instituto no desatendió los aspectos domésticos (...) Pero sí enfatizó dos aspectos nuevos, tendientes a cubrir las necesidades que se le planteaban a las asistentes sociales: la inclusión de materias del área de las ciencias sociales y la capacidad técnico-práctica" (Grassi, 1989:136).

El caso es que, a partir de la creación del Instituto de Servicio Social dependiente del Ministerio de Asistencia Social y Salud Pública de la Nación, se comienza a crear Escuelas de Servicio Social y/o a adaptar algunas de las ya existentes, en base a los requerimientos "desarrollistas". Ahora bien, esos lineamientos no fueron adoptados por los estudiantes y profesionales de manera mecánica y sin cuestionamientos. Sin duda se creía necesario un "cambio" dentro del Servicio Social para diferenciarse de y superar al asistencialismo propio de la "asistencia social", y este "nuevo tipo" de

⁵ Dicho Instituto también es conocido como Instituto Tarsitano, por el apellido de su primer director, o Instituto Bolívar, por el nombre de la calle donde se encontraba ubicado en la ciudad de Buenos Aires.

⁶ Conforme Alayón (2006) el Instituto tuvo la misma orientación académica con que fue fundado, hasta que asumió como interventora del Consejo Nacional de Asistencia Social, la asistente social María Catalina Trillo en el año 1963, quien dispuso el reemplazo de Tarsitano por Arcuri, representante de la corriente conservadora del Servicio Social. "No obstante que la herencia docente- estudiantil era buena, debe reconocerse -lamentablemente- que Trillo-Arcuri lograron debilitar el prestigioso instituto, sumiéndolo en el retroceso primero y provocando definitivamente su muerte en 1969" (Alayón, 2006:171).

formación profesional parecía encaminado hacia esa meta. No obstante, el trabajo comunitario enfrentó a estudiantes y profesionales con una “realidad” que favoreció la crítica, incluso al método de Organización y Desarrollo de la Comunidad.

Como protagonista de esos tiempos, Barreix (1971) manifiesta que cuando los alumnos y profesionales formados en las Escuelas creadas y/o asesoradas por las Comisiones Técnicas de la ONU comenzaron a realizar las prácticas de terreno, o cuando luego de egresados comenzaron a integrar las instituciones de bienestar, se produjeron una serie de hechos de los que rescata las siguientes afirmaciones: “a) la imposibilidad de trabajar en una realidad de terreno dada (...) tratando de responder (...) con métodos y técnicas ideados en otra realidad (la estadounidense) para responder a características sustancialmente distintas (...) b) la imposibilidad de ser profesionales neutros, es decir, de aplicar técnicas y métodos en forma fría y descomprometida” (Barreix *et alii*, 1971:50-51).

Contexto de emergencia del Movimiento de Reconceptualización

Querer dar cuenta de un proceso histórico tan álgido como el que vivió Argentina, y el mundo en general, en los años ‘60 y ‘70 resulta inabarcable. A modo de síntesis se puede nombrar una conjunción de acontecimientos tales como la Revolución Cubana, el Mayo Francés, el triunfo de la guerra de independencia en Argelia, el fracaso de Estados Unidos en Vietnam, la elección de Salvador Allende como presidente en Chile. En nuestro país “(...) crecía la movilización social con dos actores privilegiados: el movimiento obrero y la juventud, y de estos últimos, particularmente el movimiento estudiantil. Paros, movilizaciones, reclamos que incluían y a la vez trascendían intereses particulares” (Aquín, 2005:24).

Entre los hechos protagonizados por dichos actores encontramos el Rosariazo⁷ y el Cordobazo⁸; movilizaciones que marcaron una inflexión en la vida política argentina y fueron prolegómenos de la radicalización de la juventud. Según Moljo (2005), dicha radicalización comenzó a elaborarse a partir del cierre del escenario político impuesto por el gobierno de Onganía con la prohibición de toda actividad político-

⁷ Los historiadores suelen distinguir los hechos de mayo de 1969, que tuvieron como saldo la muerte del estudiante Bello y del estudiante y metalúrgico Cabral, de las grandes movilizaciones de septiembre, cuando los trabajadores se adueñaron de la ciudad. Hay quienes llaman a los sucesos de mayo Marcha del Silencio, realizada el 21 de ese mes por convocatoria de la CGT de los Argentinos y los estudiantes universitarios tras la muerte de Bello, y a los de septiembre como Rosariazo; y quienes consideran que fueron primer y segundo Rosariazo respectivamente. En mayo, tras la muerte del estudiante correntino Juan José Cabral por la represión policial, estudiantes rosarinos se movilizaron enfrentando la represión que mató al estudiante Bello. En la sede rosarina de la CGT de los Argentinos, obreros y estudiantes organizaron una movilización para el 21 de mayo: una multitud enfrentó la represión y murió el joven Luis Blanco. Las dos CGT declararon un paro general para el 23. El estado de movilización se mantuvo y estalló nuevamente en septiembre, en distintos barrios de la ciudad. “Esta vez, el movimiento fue dirigido por los sindicalistas y los estudiantes se adhirieron a ellos. En este conflicto también intervino el Ejército, contando con el apoyo de otros destacamentos” (Moljo, 2005:133).

⁸ Levantamiento de obreros industriales y estudiantes que ocuparon la ciudad de Córdoba, a raíz de una huelga realizada por la CGT local el 29 de mayo de 1969. Provocó una dura represión de la policía, que a la vez generó un violento enfrentamiento, al que se sumó mucha gente. Según Romero, “La multitud (...) no tenía consignas ni organizadores (...) pero se comportó con rara eficacia, dispersándose y reagrupándose. Finalmente intervino el Ejército, con llamativa demora, y recuperó el control, salvo en algunos reductos -como el barrio universitario de Clínicas- donde francotiradores jaquearon a los militares un día más” (Romero, 1994: 175-176). El saldo fue más de veinte fallecidos, una quincena de heridos y cerca de trescientos detenidos. “Consejos de Guerra condenaron a los principales dirigentes sindicales -como Agustín Tosco- en quienes hizo caer la responsabilidad” (Romero, 1994:176).

partidaria. Este hecho, sumado al clima contestatario y la vocación de muchos jóvenes de intervenir en la esfera pública es lo que “los llevará a radicalizarse, primero ideológicamente, es decir, adherir a la idea de la salida revolucionaria, aunque en ese momento no participasen de ninguna organización; pero que, más tarde, los llevará a una radicalización política, donde no se trataría solamente de adherir a la idea de la revolución, sino de participar de la misma” (Moljo, 2005:148-149).

La radicalización de la juventud se canalizó, en gran parte, en la militancia dentro de distintos grupos, entre los cuales no estaban incluidos los partidos políticos, que además de haber sido prohibidos por el gobierno de Onganía, fueron los grandes ausentes en los levantamientos populares de 1969. En este sentido, Moljo sostiene: “Inclusive, ya cuando se producía el proceso de reorganización interna de los partidos, éstos tampoco consiguieron transformarse en el canal principal de mediación entre el Estado autoritario y la sociedad civil. Los jóvenes se fueron sumando a las organizaciones que ‘contestaban’ las relaciones tradicionales de poder; entre ellos los partidos políticos” (Moljo, 2005:153).

Los canales de ingreso a la militancia fueron principalmente los ámbitos universitarios y religiosos; pero también los grupos de estudio, que se formaban fuera de la universidad, y donde se estudiaba “marxismo” y se revisaba la historia argentina.

Por último, queremos destacar que la radicalización de la juventud se encauzó, en algunos casos, en la participación en organizaciones armadas. Éstas, a partir de 1969, comenzaron a ser una constante en el escenario político del país. Según Romero, “su verdadero caldo de cultivo fue la experiencia autoritaria y la convicción de que no había alternativas más allá de la acción armada. Desde 1967 -y en el ámbito de la izquierda o del peronismo- fueron surgiendo distintos grupos: las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), Descamisados, las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL) y, hacia 1970, las dos que tuvieron mayor trascendencia: la organización Montoneros, surgida del integrismo católico y nacionalista y devenida peronista, y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), vinculado al grupo trotskista del Partido Revolucionario de los Trabajadores” (Romero, 1994:182).

La Iglesia Católica también daba un giro hacia la izquierda, a partir de los cambios institucionales introducidos por el Papa Juan XXIII y por el Concilio Vaticano II. En América Latina, los obispos del Tercer Mundo se declararon a favor de los pobres reales -no de espíritu- y manifestaron la necesidad del compromiso activo para reformar la sociedad. En Argentina, “el Movimiento de Sacerdotes por el Tercer Mundo, y los laicos que lo acompañaban, militaron en las zonas más pobres, particularmente las villas de emergencia, promovieron la formación de organizaciones solidarias e impulsaron reclamos y acciones de protesta” (Romero, 1994:180).

Asimismo, el peronismo atrajo a muchos jóvenes sin experiencia política previa, y a corrientes de izquierda que pretendían ser la vanguardia de la clase obrera, ciertamente peronista.

En este contexto, durante los años ‘60, el clima de rebelión, de crítica y de rechazo a lo instituido, así como las interpretaciones en base al marxismo, no pasaron por alto en nuestra profesión.

Asimismo, el trabajo y las prácticas pre-profesionales de Servicio Social en el ámbito comunitario, que durante el ongiato experimentaron su apogeo, fueron el escenario donde estudiantes y graduados de nuestra profesión convivieron con jóvenes militantes y con sacerdotes tercermundistas, quienes constituyeron una vía importante para que un grupo profesional comenzara a radicalizar sus posturas, descartando ciertos supuestos, incluso aquellos emanados de la corriente desarrollista.

Igualmente, dicha relación sirvió para que el Servicio Social estableciera un diálogo con el marxismo. “Los trabajadores sociales comenzamos a identificar y reconocer el origen de la desigualdad social en las relaciones de dominación vigentes en la sociedad, cuestionando las propuestas de integración al medio de los ‘desadaptados’ o ‘marginados’, propias de aquel pensamiento ‘modernizador’ y de las concepciones teóricas funcionalistas, propuestas éstas provenientes de la óptica de entender como justo y adecuado el modelo imperante” (Alayón, 2005:13).

El contacto de nuestra profesión con la tradición marxista también fue propiciada -en el caso de los estudiantes universitarios de Servicio Social- por los grupos de estudio que se formaban fuera de las aulas, donde el marxismo ingresaba principalmente por medio de divulgadores. Es decir, los principales canales de iniciación a la tradición marxista de los estudiantes y graduados de Servicio Social se encontraban, en esta época, fuera de los ámbitos estrictamente académicos. Si bien las Escuelas de Servicio Social -o Trabajo Social- fueron modificando sus planes de estudio, las fechas y contenidos de los mismos difirieron notablemente entre unas y otras, y no podemos afirmar que las nociones en base al marxismo hayan estado presentes en la formación profesional de todas las Escuelas de Servicio Social. Si podemos aseverar que en ningún caso se trató de una “evolución” desde posturas paternalistas, pasando por concepciones desarrollistas, hasta llegar a interpretaciones marxistas. Se trató de un proceso complejo, de búsquedas y contradicciones, a tono con los procesos que se daban en el país.

José Paulo Netto entiende que el diálogo entre sectores del Servicio Social y la tradición marxista a partir de la década del ‘60 en América Latina se configuró en la interacción de tres fenómenos: “la crisis del Servicio Social tradicional, la presión ejercida por los movimientos revolucionarios y la rebelión estudiantil” (Netto, 2003:162). Este autor plantea que dicha aproximación tuvo las siguientes características: se realizó bajo exigencias teóricas muy reducidas, por lo tanto la referencia a la tradición marxista fue muy selectiva y no se dio a través de la obra de Marx y/o de los “clásicos” de la tradición marxista, sino fundamentalmente a través de manuales de divulgación cuya calidad es discutible. “La riqueza y complejidad del pensamiento de Marx raramente tocaron las cuerdas del Servicio Social, en tanto se substituyó la documentación primaria por intérpretes de lo más desiguales” (Netto, 2003:163).

En nuestro país, el papel desempeñado por el Instituto de Servicio Social de Buenos Aires en este proceso fue decisivo. Alumnos y ex alumnos del mismo fundaron la Editorial ECRO y la primera revista de Servicio Social en el país -*Hoy en el Servicio Social* y más tarde *Hoy en el Trabajo Social*-, cuyo primer número circuló en diciembre de 1964. Tanto la revista como las diversas publicaciones de la editorial se encargaron de la divulgación y comunicación, en el país y en el resto de América Latina, de las ideas surgidas del grupo profesional, que impulsaron el Movimiento de Reconceptualización y mostraron, aún con matices, una clara tendencia hacia la ruptura con el conservadurismo profesional y el acercamiento a la tradición marxista como fundamento teórico.

Si bien la revista nació con una orientación desarrollista, “...la apertura, tanto hacia el Trabajo Social de otros países (Uruguay, Chile, principalmente) como hacia las propias ciencias sociales y la inviabilidad del modelo autoritario de desarrollo social, tanto como los acontecimientos políticos de la época, fueron conduciendo al Grupo ECRO hacia posturas cada vez más radicalizadas” (Grassi, 1989:144).

María Virginia Siede, al reconstruir el debate profesional en el marco de la Reconceptualización en nuestro país, plantea que, dentro de las distintas tendencias que se perfilaron en dicho debate, la que lideró el Grupo ECRO “es la que más claramen-

te buscó, ensayó e intentó establecer rupturas más concretas con los parámetros profesionales tradicionales” (Siede, 2004:4).

Grupo ECRO y Tradición Marxista en el Trabajo Social argentino

Los trabajadores sociales que escribieron en aquel momento en las publicaciones de la Editorial ECRO, accedieron de modo acotado a la obra de Marx. En algunos casos, tomaron contacto con ella a partir de textos que la divulgaban; en otros, a partir de autores que la abordaban, como Louis Althusser⁹. Según Aquín, las interpretaciones del marxismo vigentes en las décadas de los '60 y '70 en Argentina son tributarias fundamentalmente de la Academia Rusa “que difunde su esquema simplificado y vaciado de contenido de ‘infraestructura’ y ‘superestructura’, con una fuerte impronta en la noción de ideología del marxismo vulgar, que (...) se caracteriza por considerar a priori toda producción intelectual como instrumento de la lucha de clases y por lo tanto como mera superestructura” (Aquín, 2005:22).

Sin embargo, a la hora de sostener sus argumentos, en la búsqueda de nuevos fundamentos y horizontes para la profesión, los autores de ECRO también recurrieron a obras que nacieron del contexto latinoamericano: las de Enrique Pichón Rivièrè y Paulo Freire. El contacto con dichos autores propició el acercamiento a categorías marxistas, aunque no fueron tomadas en un sentido unívoco por todos los escritores, ni fieles al significado atribuido por Marx.

El nombre de la Editorial, que nace de una sigla que representa al Esquema Conceptual Referencial Operativo, tomado de Pichón Rivièrè, se constituye en un ejemplo de esa construcción ideológica realizada a partir de la lectura de diferentes autores. Este concepto fue introducido en el Instituto de Servicio Social de Buenos Aires, del cual nació la Editorial. El ECRO pichoniano es un conjunto de conocimientos, experiencias y afectos con los que el individuo piensa y actúa; la interrelación dialéctica mutuamente transformante con el medio, guía la ratificación o rectificación de ese marco referencial subjetivo. Rivièrè no concibe esas modificaciones como renuncia sino como necesarias para que, ante los cambios en el contexto, los deseos y proyectos sigan siendo posibles. Asimismo, los trabajadores sociales que escribieron en la Editorial, tomaron contacto con el concepto de “praxis” a partir del significado atribuido por Pichón: “Teoría y práctica se integran en la praxis concreta, adquiriendo ésta su fuerza operativa en el campo mismo de trabajo, en forma de logros determinados, siguiendo una espiral dialéctica” (*apud Barreix et alii*, 1971:141-142).

En el caso de Paulo Freire, podemos destacar que durante su exilio en Chile -cuando la dictadura militar instaurada en Brasil en 1964 lo acusó de subversivo e ignorante- encuentra un espacio político, social y educativo muy dinámico, que resultó fundamental para consolidar su obra. Resaltamos la realización de un escrito mimeografiado en Santiago, que luego publicó la Revista *Hoy en el Servicio Social*, de la Editorial ECRO. Este artículo está dedicado especialmente a los trabajadores sociales: “Rol

.....
⁹ En relación a la repercusión que tuvieron las lecturas de Marx hechas por Althusser, Consuelo Quiroga (2000) señala que este autor realiza una división en la obra de Marx: por un lado, consideraba los primeros escritos como filosóficos, y por otro, los de la “madurez” de Marx, como aquellos que expresan su posición científica. Esto deriva, según Quiroga, en una ruptura entre ciencia e ideología y por lo tanto entre ciencia y transformación social. “Esta tendencia cientificista del marxismo, vista por Althusser, llevaba consigo una mayor preocupación con las cuestiones epistemológicas, prevaleciendo sobre las de orden ontológicas” (Quiroga, 2000:145-6).

del trabajador social en el proceso de cambio” en el número 16/17, de mayo de 1969. Allí, Freire definía que el trabajador social que optaba por el cambio, no como “agente de cambio”, sino como uno de los agentes del cambio, debía centrar su esfuerzo en la desmitificación de la realidad, con el objetivo de superar la totalidad social por otra que no siga presentando la contradicción estabilidad-cambio. “El papel del trabajador social que opta por el cambio en un momento como éste, no es propiamente el de crear mitos contrarios, sino el de, al problematizar la realidad de los hombres, proporcionar la desmitificación de la realidad mitificada” (Freire, 1969:7-8).

Asimismo, la opción por el cambio implicaba, para Freire, la concientización, como el modo de cambiar la percepción distorsionada del mundo, lo cual involucraba algo más profundo que la mera toma de conciencia. El pensamiento de Freire se construye a partir de influencias provenientes del existencialismo, el cristianismo, el hegelianismo y el marxismo, como así también de su vinculación con la teología de la liberación.

Reflexiones finales

Para concluir, podemos decir que, en la búsqueda de nuevos caminos para la profesión, los trabajadores sociales que publicaron sus escritos en la Editorial ECRO formularon distintas propuestas:

- hacer del Trabajo Social una praxis científica;
- formar parte del pueblo, en un proceso de desclasamiento y compromiso que implicara formarse como profesional, insertándose en las comunidades proletarias;
- permear la propia ideología de una ideología de vanguardia;
- hacer del Trabajo Social una praxis transformadora que promoviera el cambio de estructuras reclamado por la realidad;
- establecer programas de acción con una función concientizadora y dinamizadora que suscitara cambios en los “grupos oprimidos”;
- construir un estado pleno de bienestar social a través de una acción metódica de atacase y transformase los factores que impedían el desarrollo de las posibilidades humanas;
- promover “la revolución latinoamericana” de manera de “desenmascarar y enfrentar el imperio”.

Más allá de todas estas variantes hay una idea en común: la de compromiso. Compromiso con los sectores de la población con los que se trabajaba: “los explotados”, “los oprimidos”, “el proletariado”. Compromiso, también: con la Revolución Latinoamericana, con la acción transformadora del Trabajo Social, con la formulación de un cuerpo de teoría autóctono del Servicio Social Latinoamericano.

Nos interesa destacar que el proceso vivido por la profesión en esta época, fue altamente complejo y contradictorio, que planteó marchas y contramarchas, es decir que se trató de una construcción que implicó: debates, compromisos ideológicos y revisión de posturas. Además, dicho proceso no se vivió en la tranquilidad de un gabinete de investigación, sino que se vio apremiado por una realidad que demandaba respuestas en forma de acciones concretas e inmediatas.

Para finalizar, creemos que la formación del Trabajador Social argentino está marcada por una historia que se sigue construyendo y debatiendo en el ámbito académico. En la pos-reconceptualización y en el presente profesional, se han renovado los compromisos, se han pensado otros proyectos sociales. Al mismo tiempo, no pode-

mos desconocer que el Trabajo Social ha estado influenciado por otros paradigmas que sustentan el neoliberalismo, el individualismo y el escepticismo...

Por otra parte, a pesar de todos los obstáculos posteriores al proceso analizado, resulta imposible desandar el camino andado. Más allá de las limitaciones teórico-metodológicas con que fue abordado el marxismo, la inflexión que se produjo en la concepción del Trabajo Social es positiva. El aporte marxista posiblemente un cuestionamiento, una desnaturalización de las desigualdades sociales, favoreció una mirada sobre los sectores sociales con los que trabajamos, desde sus propias vivencias y promovió la propuesta de acompañarlos en la lucha por una sociedad más justa. Por último, como hemos señalado, en esta inflexión fue indudable el aporte de autores como Rivière y Freire quienes, desde una perspectiva latinoamericana, contribuyeron a la búsqueda de la ruptura con el conservadurismo imperante en el Trabajo Social.

Referencias bibliográficas

ADAMSON, G. "El ECRO de Pichón Rivière", en: Revista Digital Antroposmoderno. [en línea: 29/10/06]. Disponible en Internet: <http://www.antroposmoderno.com/biografias/pichonriviere.html>

ANDER-EGG, E. *Metodología y Práctica del Desarrollo de la Comunidad*. Buenos Aires, Humanitas, 1982-10ª edición.

ALAYÓN, N. *Historia del Trabajo Social en Argentina*. Buenos Aires, Espacio Editorial, 2006.

ALAYÓN, N. "El Movimiento de Reconceptualización. Una mirada crítica", en: ALAYÓN, N. *Trabajo Social Latinoamericano. A 40 años de la Reconceptualización*. Buenos Aires, Espacio Editorial, 2005.

ALAYÓN, N., BARREIX, J., CASSINERI, E. *A B C del trabajo social latinoamericano*. Buenos Aires, Editorial ECRO, Serie Temas de Trabajo Social, Nº 5, 1971.

AQUÍN, N. "Reconceptualización: ¿un Trabajo Social alternativo o una alternativa al Trabajo Social?", en: ALAYÓN, N. *Trabajo Social Latinoamericano. A 40 años de la Reconceptualización*. Buenos Aires, Espacio Editorial, 2005.

FREIRE, P. "Rol del trabajador social en el proceso de cambio", en: Revista *Hoy en el Servicio Social*, Nº 16/17. Editorial ECRO, 1969. [en línea: 15/10/06]. Disponible en Internet: <http://www.tsreconceptualizacion.googlespages.com>

FRUM, L. M. "Introducción al tema ideología y Trabajo Social", en: Revista *Hoy en el Trabajo Social*, Nº 22. Editorial ECRO, Buenos Aires, noviembre de 1971.

GRASSI, E. *La mujer y la profesión de Asistente Social. El control de la vida cotidiana*. Buenos Aires, Humanitas, 1989.

KRUSE, H. "Ideología y compromiso en Servicio Social", en: Revista *Hoy en el Trabajo Social*, Nº 22. Buenos Aires, Editorial ECRO, noviembre de 1971.

KRUSE, H. *Filosofía del siglo XX y Servicio Social*. Buenos Aires, Editorial Humanitas, 1986. [ECRO, 1970]
KRUSE, H. *Introducción a la teoría científica del Servicio Social*. Buenos Aires, Editorial ECRO, Serie ISI, Nº 1, 1972.

MOLJO, C. *Trabajadores sociales en la historia. Una perspectiva transformadora*. Buenos Aires, Espacio Editorial, 2005.

NETTO, J. P. y DE PAULA, J. A. "O marxismo e seus rebatimentos no Serviço Social", en: *Cadernos ABESS Nº 4: Ensino em Serviço Social: pluralismo e formação profissional*. São Paulo, Cortez Editora, julho de 1995.

NETTO, J. P. *Ditadura e Serviço Social. Uma análise do Serviço Social no Brasil pós 64*. São Paulo, Cortez Editora, 1994.

NETTO, J. P. "El Servicio Social y la tradición marxista", en: BORGIANI, E., GUERRA, Y. y MONTAÑO, C.

(orgs.) *Servicio Social Crítico. Hacia la construcción del nuevo proyecto ético- profesional*. San Pablo, Cortez Editora, 2003.

PALMA, D. *La reconceptualización: una búsqueda en América Latina*. Buenos Aires, Editorial ECRO, Serie CELATS, Nº 2, 1977.

QUIROGA, C. "Invasión positivista en el marxismo: el caso de la enseñanza de la metodología en el Servicio Social", en: BORGIANNI, E. y MONTAÑO, C. (orgs.) *Metodología y Servicio Social. Hoy en debate*. San Pablo, Cortez Editora, 2000.

ROMERO, L. A. *Breve historia contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1994.

SALINAS, R. "Ideologías y Trabajo Social", en: Revista *Hoy en el Trabajo Social*, Nº 22. Buenos Aires, Editorial ECRO, noviembre de 1971.

SALINAS, R. "Elementos a considerar en una proposición de Trabajo Social", en: Revista *Hoy en el Trabajo Social*, Nº 22. Buenos Aires, Editorial ECRO, noviembre de 1971.

SIEDE, M. V. "El Trabajo Social argentino en los 60'- 70'. Reconstrucción del debate profesional en el marco de la Reconceptualización", en: Escuela de Trabajo Social, Universidad de Costa Rica [en línea: 2/10/07]. Disponible en Internet: <http://www.ts.ucr.ac.cr/reco.html>

